

ITINERANTE

“No pretendemos ver el cambio.

Sólo haber dejado algo.

Sobre el camino andado que pasó”.

El Desembarco. León Gieco, 2011.

Como un artista itinerante. Como un músico que viaja de lucha en lucha. Así habla y se define a sí mismo León Gieco. Decir que es músico, cantautor, es mencionarlo incompleto. Decir que en 1978 compuso Sólo le Pido a Dios en el patio de la casa de sus padres en Cañada Rosquín poco antes de tener que partir, y que esa canción se convirtió en un himno por la paz es, también, no decir muchas otras cosas. Es no decir que su carrera estuvo, está y estará ligada -adherida- a los derechos humanos. “Soy un artista itinerante que viaja por todos lados y que tiene un montón de focos de lucha donde uno va aprendiendo”, dice, y no alcanza para contar al artista que inició su viaje con una guitarra al hombro desde un pueblo del centro oeste de la provincia de Santa Fe a la capital, luego al exilio, luego de sur a norte del país, y así.

Lo que dura la entrevista no alcanza. León habla de pie en un rincón de la oficina de la decana de la Facultad de Periodismo, respaldado por las imágenes del presidente bolivariano Hugo Chávez, del ecuatoriano Rafael Correa, de la Abuela de Plaza de Mayo, Estela de Carlotto, que ocupan una de las paredes de ese cuarto iluminado del edificio Néstor Kirchner, en el Bosque platense. Apenas un rato después, será homenajeado con el premio Rodolfo Walsh por su trayectoria. Y cantará. Lo hará para Rosa Schonfeld y su Asociación Miguel Bru, que apadrina desde 2002, y que es uno de los focos de lucha del país a los que viaja con su guitarra, al menos, una vez al año. Y el premio, que también recibieron aquellos otros grandes de los cuadros, es un reconocimiento a ese permanecer, ese siempre estar presente.

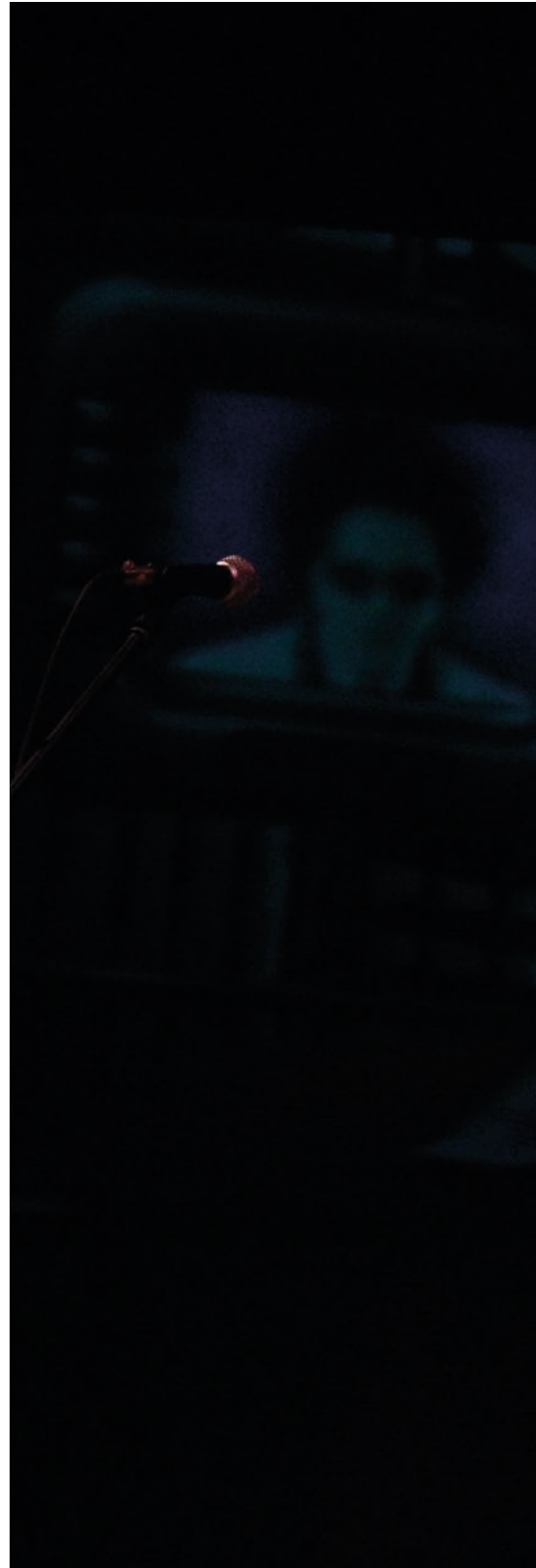
“Este premio significa que siempre estuve. Yo este caso (el de Miguel) lo

tengo desde el comienzo”, cuenta León y recuerda a Rosa acampando, hace ya trece años, frente a los tribunales platenses pidiendo justicia por la desaparición de su hijo. “Me acuerdo de las palabras que me dijo: ‘yo no voy a parar hasta que encuentre el cuerpo de Miguel’. Y yo le respondí: ‘Si lo encontrás vas a tener que seguir porque el destino te puso en esta lucha y yo puedo ayudarte”.

Desde entonces León apadrina la Asociación Miguel Bru y hace un concierto por año a beneficio. Uno de los tantos que realiza ad honorem en el país, porque se sabe: León Gieco cobra tres recitales por año para sustentarse y el resto los hace gratis. A beneficio del hospital Garrahan, de la Casa de la Mujer María Conti de San Pedro, de la Bru y de otras causas que ya le son propias.

Y León Gieco toca mucho. Forma parte de una tradición que resistió al gran crimen en Latinoamérica. Como Rosa, como las Madres y las Abuelas de Plaza de Mayo o los HIJOS forma parte de aquellos que en los lugares de muerte encontraron la vida y nos la entregan como bandera para la victoria. Ese es el ADN de sus canciones. “No me gusta decir coherencia porque no soy amigo de esa palabra, pero si habla de una continuidad en la lucha”, reflexiona.

León forma parte de una tradición que resistió al gran crimen en Latinoamérica, de esos que en los lugares de muerte encontraron la vida y nos la entregan como bandera para la victoria.



“Siempre estuve”, dice el músico que recuerda la primera canción y el inicio de un viaje a través del tiempo y las causas justas, su andar de lucha en lucha que lo hizo parte de una tradición en la que como las Madres, las Abuelas y los HIJOS, resiste al gran crimen de Latinoamérica.

por **Pablo Roesler** / fotos **Ana Tossi**





Mi guitarra suena cada vez mejor. La de los otros no sé. Y me gustaría ponerle un logo con una consigna: "máquina de matar fachistas".

"Cuando toqué Hombres de Hierro, se levanta el jefe de la policía y dice: sacame a este tipo de acá'. Fue una cosa muy fuerte. ¿Qué me pasó? ¿Qué compuse que no se puede cantar? Bueno, compuse a los pichones de genocidas a los que después iban a matar a todos los que mataron".

No resulta extraño verlo involucrado en una causa justa de principio a fin. Pero tiene que existir un comienzo, un punto de partida.

No se cuáles son las cosas que me movilizaron realmente. Lo que puedo decir es que milito en derechos humanos casi inconscientemente desde los 19 años, desde que compuse la primera canción.

Se trata de la continuidad en la lucha desde los primeros acordes. La primera canción que compuso León Gieco fue un evento fuerte, la fuerza cinética inicial que marcó el rumbo del trayecto. Esa primera composición se la adjudica al grupo inglés The Byrds, que escuchó en su pueblo cuando tenía 15 años y que cantaban Mr. Tambourine Man, la canción del álbum Bringing It All Back Home (1965) de Bob Dylan. Se podría decir que fue la puerta de entrada. "Después me compré ese disco de Dylan y también después lo conocí a Claudio Gabis y le hable de ese músico y le pregunté: '¿Qué pasa con este tipo que toca la armónica?'. Y me di-

jo usaba un soporte con la armónica. 'Si querés yo te traigo uno', me dijo y me trajo uno justo en el tono de Blowing in the wind, que es el Solo le pido a Dios de Bob Dylan. Y con ese atril y esa armónica que me trajo Claudio comencé a tocar sobre la canción de Dylan, y con eso empecé a destapar una olla en la que había muchas cosas adentro".

"Suelta muchacho tus pensamientos, como anda suelto el viento. Sos la esperanza y la voz que vendrá a florecer en la nueva tierra", dicen los versos de aquella primera canción que compuso soplando sobre los acordes del himno dylaniano. Y nació como protesta: Hombres de hierro fue compuesta para el Mendoza, para aquella protesta que en 1972 estalló en Cuyo -como unos años antes había explotado en Córdoba- y de la que el músico recuerda a los militares reprimiendo mendocinos, y entre ellos, a las maestras con sus guardapolvos manchados por los carros hidrantes.

"Digo que fue inconscientemente porque, ahora que lo analizo consciente-



"A este gobierno lo incriminan porque dicen que negocia con los derechos humanos, pero yo creo que no. Es muy valiente trabajar con los derechos humanos porque no es ningún negocio, es todo lo contrario, es antipopular, es una cosa que quema y que nadie la quiere agarrar".

mente esos militares eran los pichones de genocidas. Los tipos comenzaban a actuar de una forma después como iban a actuar en el '76. Así que esa conjunción de cosas dio como resultado componer mi primera canción, que fue una canción que en ese momento se llamaba 'canción de protesta'", recuerda.

Desde aquel momento inicial, cuando el muchacho de Cañada Rosquín soltó sus pensamientos, Gieco dice que las cosas le salen misteriosamente. Dice que no hay escuela ni situación concreta por la que pueda especificar por qué esa fue su primera composición. Pero esa canción nació en 1972, durante la dictadura de Agustín Lanusse. Y mientras otros jóvenes de esa generación se lanzaban a combatir la opresión de quince años de proscripción con la revolución como promesa a la vuelta de la esquina, el muchacho santafesino empuñaba una guitarra.

"A partir de esa canción es como que yo también me asombré. Porque yo todavía no había grabado, no había hecho nada. Pero cuando me invitan de

una universidad en Río Gallegos y toqué Hombres de Hierro, se levanta el jefe de la policía y dice: 'sacame este tipo de acá'. Fue una cosa muy fuerte... ¿Qué me pasó? ¿Qué compuse que no se puede cantar? Bueno, compuse a los hombres de hierro, a los pichones de genocidas a los que después iban a matar a todos los que mataron".

Después de eso el camino quedó definido

A partir de ese momento yo seguí con esta línea y todo lo pasé por ese filtro. Hasta el amor, los hijos y la familia. todo lo que hago lo paso por ese filtro de los derechos humanos. Es decir, lo que es trabajar en contra de la discriminación, trabajar en contra de la pobreza, trabajar en las villas, trabajar solidariamente para un montón de eventos o estar donde te llaman y sin medir los riesgos. Porque fue un riesgo componer en ese tiempo esa canción. Y también me arriesgué de muerte cuando recién regresaba del exilio y pasaba lo de la Universidad de Luján, que la

La voz del pueblo, el sentir de la patria

por **Ana Negrete**

León Gieco es un artista del pueblo, de pueblo y del pueblo. Un artista de esos que todos conocemos, que hemos tarareado una y mil veces, León es el que le pide a Dios, es el boxeador de provincia querido por su gente y estafado por el señor que lo vino a buscar, es el que encontramos en el país de la libertad, el que en sus recitales nos rodea de mujeres luchadoras, el que baila con Estela, el que nombra a Pugliese, que lee Página, es el salieri de Charly. Es uno más de nosotros. León es el de las historias mínimas, de esas que nos conmueven cuando las escuchamos, que nos representan cuando las cantamos.

Pero, y por sobre todas las cosas, León es de las causas justas. Las urgentes y las difíciles. Es el que se anima a cantarle a Santa Tejerina, a bailar con ella y se arriesga a que los "quemem en la hoguera como fue una vez". En sus canciones, desde su voz, hemos conocido la historia de Juan, el último aparecido, del Pocho Lepratti, el ángel de la bicicleta, es el que nos advierte de los hombres de hierro, es el que nos recuerda que en esta parte del mundo hemos vivido cinco siglos igual y que esos mismos que han construido las garras del colonialismo piensan que aquí hay un embudo para llevarse nuestros recursos naturales.

León es arriesgado. No mide el éxito con la vara del dinero. Pone el cuerpo en donde hay que mover la sensibilidad, abrir los ojos, levantar la voz. Es el que le pone alas al mundo o, mejor dicho, descubre el mundo alas y nos lo comparte. Pone su nombre, nos

convoca y dice "tengo una sorpresa para compartirles", así fue en el Salón Blanco de la Casa Rosada, así fue en el Teatro Argentino en otro aniversario de Miguel. Así fue en el cine, así fue en la mesa de negociaciones de la discográfica. Su mundo alas vuela, nos conmueve y nos enseña.

Desde la Facultad de Periodismo y Comunicación Social le entregaremos a León Gieco el Premio Rodolfo Walsh a la Comunicación Popular, sólo pensando en la aventura emprendida junto a Gustavo Santaolalla en el mítico recorrido por nuestro país reconociendo artistas y expresiones populares y grabándolas en ese legado de cultura popular llamado "De Ushuaia a La Quiaca", se podría justificar este premio.

Pero León desborda esta razón y nos permite recordarlo una y muchas veces en las movilizaciones emprendidas por Rosa, la familia y los amigos de Miguel pidiendo el esclarecimiento de la causa y la aparición de nuestro compañero de Periodismo, podemos reconocerlo acompañando cada desembarco de las madres y las abuelas, podemos decir que estuvo en el año 95 cantándoles a nuestros compañeros de HIJOS en los momentos fundacionales de su reconocimiento como tales, podemos decir que cerró el recital solidario para las víctimas de la explosión de Rosario, podemos decir que compramos remeras, CDs y entradas a recitales por sus "invitaciones" a ayudar a otros.

Sin embargo, León no es políticamente correcto, donde él está no es el lugar

fácil, el que todos ya estamos, de hecho, en muchas ocasiones él es el que hace punta para que otros se sumen.

Podríamos decir que este premio a la comunicación popular es un premio a un inquieto que es escucha y amplificación del sentir de su pueblo. León representa esa compleja voz de esta patria, desde su sensibilidad y su profundo compromiso político. Desde la historia y la memoria a este presente.

Cómo esta Facultad que cree en el sentir del pueblo, en la cultura y la comunicación como manifestaciones de lo nuestro. Que lucha todos los días para que haya más voces y que esas voces se escuchen. Cómo nosotros, los que caminamos con León tantas veces y sentimos su voz como propia, no le íbamos a compartir este premio Rodolfo Walsh.



querían cerrar y yo fui a cantar para los profesores. Y ahí volvieron a meterme en el primer cuerpo del ejército y un capitán de apellido Montes me amenazó con una pistola y me dijo que me iba a matar. Bueno, pero estoy acá todavía y con un honoris causa que me dio esa universidad. Entonces, en todo lo que yo hago el filtro son los derechos humanos.

Ese filtro de los derechos humanos no mide consecuencias. El objetivo de esa lucha no tiene espacio para el interés personal. Y eso es algo que León Gieco sabe. No lo entienden los opositores que ven intereses egoístas detrás de cada acción. Por eso no tocaría jamás para el intendente porteño, como no tocó para el presidente de los noventa.

“La lucha por los derechos humanos es antipopular, no hay ninguna conveniencia. Es todo lo contrario. Conveniencia sería no ocuparse del asunto. Por eso cuando el otro día hice un reportaje para Ricardo Forster (NdeIA:

“El trabajo por los derechos humanos, si no hubiese pasado lo que pasó, lo tendríamos que estar haciendo con la pobreza”.

para el documental La Letra Inesperada que relata los 10 años de los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández), y me decía que a este gobierno lo incriminan porque dicen que negocian con los derechos humanos, pero yo le dije que no. Es muy valiente trabajar con los derechos humanos porque no es ningún negocio, es todo lo contrario, es antipopular, es una cosa que quema y que nadie la quiere agarrar”.

El filtro de los derechos humanos es arriesgado. “Todo el tiempo es un riesgo: no te pasan por la radio, te prohíben en una dictadura militar, te echan del país o te matan; o en épocas de neoliberalismo como los noventa, donde todos los políticos eran de extracción fascista, hacen todo lo posible para que no te pasen por la radio. En el gobierno menemista no me pasaban por la radio. Y por supuesto yo también puse mi paredón y jamás fui a darle una mano a ese presidente”.

Así es el itinerario de León Gieco: saltando obstáculos. Y para eso tiene maestros. Dice que los va sumando. “Hace unos años atrás yo tenía dos o tres y ahora tengo diez: lo tenía a Atahualpa Yupanqui, a Mercedes Sosa, a Pete Seeger. Pero ahora son ellos y Estela de Carlotto, Rosa Bru, Hebe de Bonafini. Voy sumando personas de las que gano muchísimo. Y lo que se aprende es a honrar la vida”.

Y con ellos ahora salta los obstáculos en una época histórica donde los pueblos latinoamericanos viven un resurgir que costó años y miles de muertes; una época donde asegura que nuestros pueblos están viviendo aquello por lo que él y su generación peleaban en los años setenta. “Costó muchísimo y nada más que esto queríamos: repartir un poco más la cosa y ocuparse un poco más de la cuestión, darle más participación a la gente, militar. Y el trabajo por los derechos humanos, si no hubiese pasado lo que pasó, lo tendríamos que estar haciendo con la pobreza, en las villas, pero ahora a eso también se le adhirió todas las muertes y asesinatos que produjeron los genocidas”.

¿Suena mejor la guitarra en estos tiempos latinoamericanos?

La mía suena cada vez mejor. La de los otros no sé. Y me gustaría ponerle un logo con una consigna: “máquina de matar fascistas”.